

versal indiferencia del genio germánico. Aparece el autor del *Fausto*, que es á su vez un Fausto contemporáneo, y refleja y absorbe todo esto en el Océano de su poesía.

Si; Alemania es la India de Europa, grande, vaga, flotante y fecunda, como su dios el Proteo del panteísmo. Mientras no se vió encuadrada por las macizas barreras de las monarquías que la rodearon, la tribu indogermánica se desbordó esparciéndose por Europa y transformándose al cambiarla. Entregada á su movilidad natural, no conoció ni los muros ni la ciudad durante su invasión. «Cada familia—dice Tácito—se detiene donde la detiene su capricho, un bosque, un prado ó una fuente.» Pero á medida que tras ella se acumulaban las olas de otra barbarie, eslavos, ávaros y húngaros, y mientras que el Occidente, Francia, se cerraba, tuvo que edificar fuertes é *inventar* ciudades. Hubo que entregarse á los duques, á los condes, y que agruparse en círculos, en provincias. Colocada en el centro de Europa como el campo de batalla de todas las guerras, Alemania se sujetó de buen ó mal grado á la organización feudal y permaneció bárbara. Esto es lo que explica ese maravilloso espectáculo de una raza siempre joven y virgen, que se distingue, por su civilización transparente, como una gota de agua en el centro de un cristal. De ahí los extraños contrastes que hacen de Alemania un país monstruosamente diversificado. Unos Estados son de veinte millones de hombres y otros sólo de veinte mil. Es el aparcamiento infinito, el derecho infinitamente variado de los señores feudales que conviven con una gran monarquía, disciplinada como un regimiento. Unas ciudades son de invierno, blancas, niveladas, alineadas, tiradas á cordel, enojosas y enmarañadas, como Londres pequeños. Otras son como la buena Nuremberg, donde las casas, grotescamente pintadas, predicán siempre á los transeuntes las palabras del Santo Evangelio. Para unir todos los contrastes, hay palacios con sabias bibliotecas en medio de los bosques, y balcones de los Electores á donde acuden á beber los ciervos salvajes. Esas oposiciones exteriores no hacen más que explicar las de las costumbres. La esclavitud de la gleba, los Municipios de la Edad Media, todo se halla en ese curioso museo, donde cada paso en el espacio nos hace viajar en el tiempo. En muchas provincias, la mujer casi era sierva, aunque pertenecía al bravo gue-

rrero y era deificada por el genio ideal de la caballería

De odas esas contradicciones, la más fuerte es la que mantiene aún bajo el yugo de la Edad Media á un pueblo curioso de innovaciones y entusiasta del extranjero. ¡Cuánta perpetuidad en los usos y en las costumbres!... Y á pesar de esto, lo que falta á Alemania no es la voluntad del cambio y de la independencia. Pero ¡ay! cuantas veces se ha adelantado ha sido para caer de nuevo. El antiguo genio sajón, en el que reside la eterna oposición política de Alemania, la fiereza salvaje de las tribus escandinavas, todo el Norte, protesta contra la tendencia panteísta de las provincias meridionales y rehusa perder su personalidad en un hombre, en Dios ó en la naturaleza. Esa pretensión del Norte se manifiesta con ostentación magnífica. En Islandia los dioses mueren como nosotros. El hombre les ha precedido en su aparición; el Universo se ha tallado sobre los miembros de un gigante. — *¿En quién crees tú?*, decía San Olaf á uno de sus guerreros. — *Creo en mí*, respondió. ¿De dónde viene, pues, ese genio soberbio que cae tan de prisa en el misticismo en religión y en el despotismo en la política? ¿Suecia, el campeón de la libertad protestante, bajo Gustavo Adolfo no estuvo sometido á la Rosa-Cruz? ¿Quién habla más alto que Lutero contra la tiranía de Roma? Y, sin embargo, lo hizo para aniquilar la doctrina del libre arbitrio. Viviendo Lutero, y casi en su misma mesa, comienza el misticismo que debía triunfar en Bohemia.

Kant puso en su estandarte estas palabras: *¡Crítica y libertad!* Alemania creyó al fin ser libre y fuerte, y para asegurarse mejor se afirmó en las trabas de un terrible formalismo. Pero esta naturaleza escurridiza se escapó siempre por el arte y por el sentimiento, por Goethe y Jacobi. Luego aparece Fichte inflexible, estoico y patriota ardiente. Tomó, para libertar al hombre, el único medio que quedaba: suprimió el mundo, como hubiera querido libertar la Alemania suprimiendo á Francia. ¡Vanias esperanzas de los hombres! La filosofía de Fichte y los cantos de Koerner en 1814 la sumergieron en el sueño, un sueño inquieto, sin duda. Alemania se dejó adormecer por el panteísmo de Schelling, y si el Norte resurgió por Hegel, fué para violar el asilo sagrado de la libertad humana y petrificar la Historia. El mundo social vino á ser un Dios entre su-

manos, pero un Dios inmóvil, insensible, propio para consolar y prolongar la letargia nacional.

No; la grande, la sabia, la poderosa Alemania no tiene derecho á menospreciar á la pobre Italia, á la que aplasta (1). Esta nación, para justificar su debilidad presente, puede alegar la bondad de su clima, las fuerzas desproporcionadas de los conquistadores y su lenta desorganización. Dadle tiempo á esa antigua dueña del mundo, á esa antigua rival de Germania. Lo que ha constituido la humillación de Italia como pueblo, lo que la ha sometido á la disciplinada Alemania, es, precisamente, lo indomable de su personalidad, la originalidad indisciplinable que aisla en ella á los individuos.

El instinto de abnegación que existe en Alemania, es desconocido en Italia. En eso, como en todo, la oposición de los dos pueblos es radical. Italia no trata de abdicar de sí misma y se pierde con Dios y el mundo en un mismo idealismo. El italiano hace descender á Dios hacia él, le materializa, le forma á su antojo y busca en su personalidad un objeto de arte. Hace de la religión, y comúnmente de la fe, un objeto de gobierno. Así la religión se muestra en Italia durante todos los siglos, desde un punto de vista de utilidad práctica. La divinización entre los etruscos era un arte de sorprender á los dioses el conocimiento de los intereses terrenales, ó sea una parte de la política y de la jurisprudencia. Las oraciones y las formas augurales son verdaderos contratos con los dioses. El augur busca los términos más precisos y no promete nada, no se compromete, tomando sus precauciones contra el contrario. No teme fatigar á los dioses con interrogaciones y estipulaciones nuevas. Para obtener los mejores racimos ó encontrar el pájaro perdido, toma el *lituus* y traza las líneas sagradas.

El derecho canónico, como el derecho augural, se aplicaba al gobierno de este mundo. Sabido es el arte que desplegó la Iglesia romana regulando todas las acciones de los hombres, como objeto de pecado. La teología fué encerrada á pesar suyo en la jurisprudencia, y los Papas fueron legistas. «Aquí sabemos las cosas de Dios—escribía un rey de Francia á Roma—mejor que vuestras gentes de ley.»

Italia es el único pueblo que tuvo una archi-

(1) Esto se escribió mucho antes de constituirse la unidad nacional de Italia, cuando los austriacos dominaban una gran parte de ella. (N. del T.)

tectura civil en las diversas épocas en que otras naciones no conocían sino la arquitectura religiosa. La palabra *pontifex* significa constructor de puentes. Los monumentos etruscos difieren en eso de los de Oriente: todos tienen un fin de utilidad práctica. Tales son los muros de las ciudades, los acueductos, las tumbas. De sus templos se habla menos. En la Edad Media, Italia edifica muchas iglesias, pero eran lugares donde se celebraban asambleas políticas. Mientras Alemania, Inglaterra y Francia construían edificios religiosos, Italia abría sus caminos, sus canales. Por esto Alemania sobrepasó á Italia en la construcción de sus prodigiosas catedrales. Juan Galeas Sforza tuvo que pedir arquitectos á Strasburgo para concluir las bóvedas de la catedral de Milán.

La individualidad italiana, que no se da á Dios sin condición, se entrega menos al hombre. Encontraremos en la Italia de la Edad Media, además de una imagen del feudalismo, las pesadas armaduras, los pujantes corceles y los soberbios castillos, pero nunca lo que constituye el propio feudalismo, la fe del hombre en el hombre. El heroísmo italiano es de una naturaleza muy elevada. ¿Qué le importan á un hombre perecedero, una carne mortal y un corazón que dejará de latir en seguida? Sabe morir, aunque no busque la muerte; pero morir por una idea. En una fortaleza, un hombre, en medio de las pruebas más terribles y guardará hasta la muerte el secreto de la libertad. Todo otro juramento es sencillo é infantil á los ojos de los compatriotas de Maquiavelo. La busca aventurera de peligros inútiles, la divinización de la mujer, la religión de la fidelidad, todo lo que constituye el ensueño entusiasta del mundo feudal excita en el italiano una risa inextinguible. Su poema caballeresco el *Orlando furioso*, es una sátira de la caballería. Nada de asociación industrial ni militar, si esto no tiene un objeto preciso, un interés, una idea.

El genio italiano es un genio apasionado; pero severo, extraño á las corrientes de simpatía. No tiene nada del mundo natural de la familia y de la tribu, sino del mundo artificial de la ciudad. Circunscrito por la naturaleza á los valles del Apenino, y aislado por ríos poco navegables, vive como encerrado entre muros. Reina lejos de la naturaleza en palacios de mármol, donde ve la armonía del ritmo y del número. Si alguna vez se acuerda de la naturaleza

es para edificar en sus *villas* jardines de piedra. Ante todo, se caracteriza por la armonía de la vida civil, por la legislación y la jurisprudencia. Tras las múltiples invasiones de los bárbaros, el indestructible derecho romano reaparece en Bolonia y en toda Italia. Las sutilidades de Triboniano se subliman con Accurso y Bartolo. Al lado de los juristas surgen los matemáticos. Cordano y Tartaglia continúan la obra de Arquitas y Pitágoras. Su geometría abstracta se concentra en la geometría concreta de la arquitectura, que es el arte de la ciudad material, como la legislación es el arte de la ciudad moral. En Roma, en Florencia, la figura humana reproduce en los cuadros la severidad, algunas veces seca, de la figura arquitectónica. Únicamente en el Norte el colorido veneciano y la gracia lombarda consienten humanizar al hombre en la pintura. La naturaleza se ofrece escasamente en sus cuadros. Pocos paisajes, poca poesía descriptiva en Italia.

La poesía se inspira en el genio civil de la ciudad. Sin duda en este país todo hombre canta: el clima desata en él la lengua. El verdadero poeta italiano es el arquitecto de la ciudad invisible, cuyos círculos simbólicos constituyen la escena de la *Divina Comedia*. Dante es la completa expresión de la idea italiana, del ritmo y del número. Ha medido, dibujado y cantado su infierno. Bajo la forma armónica que tiene la ciudad en la historia de la humanidad, apareció el fundador de la filosofía y de la historia, el que pudiéramos llamar el Dante de la edad prosaica de Italia, Juan Bautista Vico. En la dualidad del *corso* y del *ricorso*, en la triplicidad de las edades, en la belleza geométrica de su forma, la *Scienza Nuova* me representa el genio rítmico de la Etruria y de la Grecia pitagórica.

X

Fuera de la ciudad, el italiano imprime en todas partes su imagen. Sabido es con qué severo cuidado la religión etrusca y la política romana median y orientaban los campos. En todas partes el *agrimensor* y el augur, iban tras de las legiones conquistadoras para calcar la colonia nueva sobre la forma sagrada de la metrópoli. Mientras que en las naciones germánicas el hombre se sujeta á su campo, echa raíces en él y quiere sacar su nombre del de su tierra, el italiano le da el suyo; y no ve en

ella sino una relación más con la ciudad, un nuevo asunto de interés civil. El jurista y el estratega reconocen la tierra para regular ó rectificar los límites, para transferir ó mantener la propiedad según los diversos medios de su arte.

La madre de la táctica, como de la jurisprudencia, es Italia. La guerra llegó á ser una ciencia en manos de los *condottieri* italianos, los Albericos, los Sforza, los Malatesta de la Romaña, los Braccios, los Baglioni, y los Piccinino de la Umbria. Italia suministró ingenieros á Levante. Los fundadores de la arquitectura militar son italianos. El primer capitán de la antigüedad, César, pertenece á Italia. El primero de los tiempos modernos fué un hombre de raza italiana adoptado por Francia: Bonaparte. Aunque ignorásemos el origen de Napoleón, el carácter á la vez poético y práctico de su genio y la severa belleza de su perfil, ¿no nos harían reconocer en él al compatriota de Maquiavelo y de Dante?

Ya es hora de acabar con tantas ridículas declamaciones sobre la molicie del carácter italiano. ¿Se va á juzgar su valor por el populacho de Nápoles? Sería juzgar á Francia por los *canuts* de Lyon. Hombres ligeros y crueles que confundís bajo el mismo oprobio á los *lazzaroni* y á los piemonteses, á los héroes y á los cobardes, ¿habéis olvidado al ejército italiano de Bonaparte, y tantos hechos gloriosos de armas? ¿Por ventura, no ha mucho, los que acusabais de no saber sacar la espada para su país, no han muerto por vosotros? (1)

Italia ha cambiado, se dice; y se cree con una sola palabra explicar y justificar sus desgracias y su aparente envilecimiento. Yo creo, por lo contrario, que ningún pueblo ha permanecido más semejante á sí mismo. Antes he señalado la perpetuidad del genio italiano, desde los tiempos más remotos á nuestros días, y me sería facilísimo seguir y corroborarlo con una multitud de detalles menos importantes.

El traje es casi el mismo, al menos en el pueblo. Se ve en todas partes el *venetus cucullus*, la aguja de acero en los cabellos de las mujeres, los collares, los anillos como en Pompeya, y hasta las sandalias y el *pilus* se pueden encontrar en Frandi.

(1) La aparición de Garibaldi y todos los héroes de la revolución italiana, justificó estas profecías de Michelet.—(N. del T.)

La comida es análoga. En las ciudades se ven las mismas calles estrechas, los *thermopolos* bajo el nombre de cafés, el *prandium* al mediodía, y la siesta y el paseo por la noche. En todo tiempo la misma multitud alrededor del improvisador que se llama Stacio, Dante ó Sgricci. En las *filosofías* de Venecia se encuentra á los *litterati* al aire libre, los emnianistas de la antigüedad. Únicamente Ariosto y el Tasso han tomado el puesto de Ennio.

En las campiñas el mismo sistema de cultivo. El arado es el mismo que describe Virgilio. En Toscana los animales están, como en otro tiempo, alimentados de paja y van envueltos en ella para que no estropeen las viñas y los olivares. Prosiguen también los pastores su eterno viaje de las montañas á las llanuras de Roma y de la Pulla, y de la llanura á la montaña.

Cada provincia ha permanecido fiel á su genio. Nápoles es siempre griega, aunque hayan estado en ella los bárbaros alemanes. El tipo salvaje de los Brutos se conserva manifiestamente en *San Giovanni in fiore*. Los napolitanos son siempre ruidosos y charlatanes. Nápoles es una ciudad de abogados. En la antigüedad hubo en Nápoles combates de música. ¿El genio filosófico de la magna Grecia no revivió en Telesio, en Campanella y en el infortunado Giordano Bruno?

En el Mediodía, el idealismo, la especulación filosófica, los griegos: al Norte, el sensualismo, la acción, los celtas. Los carpinteros, los aparedadores, los buhoneros, los albañiles, vienen de Novara, de Como y de Bérgamo. Bérgamo, patria de Arlequín, es también la del antiguo cómico Cecilio Stacio.

La misma perpetuidad se nota en las comarcas del centro, en Roma y en Etruria. El carácter ciclópeo no es más sorprendente en los muros de Volterra que en los edificios de Florencia, en las masas del palacio Pitti. La rigidez del arte etrusco reaparece en Giotto y en Miguel Angel; pero yo prefiero mostrar la identidad de Etruria al través de todas las edades.

Cuando el bárbaro Sila devastó la Etruria, escogió un sitio en el valle del Arno y fundó una ciudad, á la que dió luego un nombre misterioso en Roma. Este nombre, conocido sólo de los patricios y que estaba prohibido pronunciar era *Flora*. Llamó á la nueva ciudad *Florentia* y Florencia respondió al augurio. El poema de las antigüedades de la Italia primitiva, *La*

Eneida, vino de la colonia etrusca de Mantua y es de un toscano. A un florentino es á quien se debe el poema de las antigüedades de la Edad Media, la *Divina Comedia*. Italia es el país de las tradiciones y de la perpetuidad histórica.—*Questa provincia*—dice Maquiavelo, con su fuerza y gravedad ordinarias—*pare nata á risuscitare le cose morte*.

En el centro de la península, ó sea Roma, el pueblo no ha cambiado nada. Este pueblo no ha sido apto ni para el arte ni para la ciencia. La mayoría de los escritores ilustres de Roma, Cátulo, Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano, Cicerón, Tito Livio, Séneca, los Plinius y otra multitud de escritores llegaron de otros sitios. En la Edad Media ocurre lo mismo. Su teólogo y su artista son dos extranjeros: Santo Tomás de Aquino y Ra'ael de Urbino. En Roma, sin embargo, encontraréis la sátira amarga y mordaz, la risa trágica. Lucilo y Juvenal eran romanos de nacimiento; Salvator Rosa y Montilo lo eran por adopción.

La verdadera carrera del romano fué la acción política. Cuando no puede obrar, sueña. Contemplad esa raza monumental en las calles y en las plazas públicas y os llamará la atención su fiereza. Son como si los bajos relieves de la Columna Trajana hubieran descendido y anduviesen. Por nada del mundo hará un romano una obra servil. Es menester que vengan los hombres de los Abruzos para recoger las cosechas ó reparar los caminos: los de Bérgamo para llevar los fardos. Su mujer no se dignará remendar los agujeros de su manto y será preciso un judío para remendarlo. La única exportación de Roma es, la tierra, los trapos y las antigüedades.

El romano de hoy mendiga noblemente, como en los tiempos de Juvenal, el Pretor y el Tribuno, pasaban la *sportula* de puerta en puerta. Su comida es siempre cerdo. Las carnicerías y las salchicherías son las únicas tiendas de Roma. Siempre sensual y cruel, se contenta en el Renacimiento con combates de toros á falta de gladiadores. Acusadle de ferocidad si queréis, pero no de cobardía, no. Su cuchillo respondería. El cuchillo no le abandona nunca. El navajazo es un gesto natural y frecuente en Roma. Hay que ver con qué furiosa alegría se entrega á sus fiestas. Su grito de carnaval es un grito de sangre y de nivelación: ¡Muera el señor abad! ¡Muera la hermosa princesa!... No se gri-

taba con más fuerza: *¡Cristianos á las fieras!* Hay también que decir que en el ambiente de esta ciudad hay algo tormentoso, inmoral, frenético. En medio de los más sorprendentes contrastes, en medio de los monumentos de todas las edades, egipcios, etruscos, griegos y romanos, veréis todas las razas del mundo, oiréis todas las lenguas menos la italiana. Hay en Roma más extranjeros que romanos y más reyes que multitud. La cabeza vacila ganada por el vértigo, y no me sorprende que tantos emperadores al ver á este pueblo agitándose á sus pies, enloquecieran (1).

Una semejanza más triste aún entre los tiempos antiguos y los tiempos modernos es la soledad de los alrededores de Roma y, en general, la de todas las campiñas de Italia. Lo que fué el genio agrícola de los antiguos latinos se ve en que desde los tiempos de la república, una parte de la comarca fué convertida en pradera (*prata Muccia, Quintia, etc.*). Catón recomienda la pradería como el mejor empleo de la tierra. El absurdo consejo fué seguido. Dispensó á los propietarios de residir en sus tierras y de hacer trabajar á los pobres, bastándoles con algunos esclavos. Sucedió en Italia lo que en Inglaterra en tiempos de Enrique VIII, cuando se dijo que los *corderos se habían comido á los hombres*. La desolación se extendió. César intentó ya secar las Lagunas Pontinas. Strabón, Plinio y Tácito se quejaban de la *Malaria*, y Lucano pudo decir, sin exageración: *Ubrs nos una capit.*

Esa palabra es la condenación de Italia. El desierto de Roma, tan aislada en la tierra como Venecia lo está en las aguas, es el triste símbolo de los males que ha hecho esa vida urbana (*urbanitas*), dentro de la cual siempre se ha desarrollado el genio italiano. Italia ha visto reproducirse dos veces en las ciudades etruscas de la antigüedad y en las ciudades güelfas de la Edad Media el primer desarrollo de la industria y el dominio de las ciudades sobre los campos. Dos veces también, contra la industria productora, ha surgido la industria destructora, la guerra que ha devorado las campiñas y agotado á los pueblos, la guerra como oficio y como cálculo, la guerra viviendo de ella misma. Roma en la antigüedad y en la Edad Media los *condottieri*.

(1) Inútil es decir que Michelet describe la Roma del tiempo de la soberanía de los Papas, antes de ser capital del reino de Italia. — (*N. del T.*)

La pobre Italia ha cambiado poco, y de ahí su ruina. Ha sufrido constantemente la doble fatalidad de su clima y del estrecho sistema de sociedad en que se ha concentrado. Ese sistema ha secado y entristecido el corazón de Italia. Desde los tiempos de Honorio, la feliz Campania quedó abandonada y sin cultivo. Los germanos, enemigos de las ciudades, parece que debieron conceder importancia á los campos que se repartieron entre ellos; pero no fué así. Los hombres del Norte se fundieron como nieve sobre esta tierra ardiente. Las ciudades italianas absorbieron á los godos en menos de un siglo. Los lombardos, la raza más enérgica de Alemania, no llegaron á vivir doscientos años. A juzgar por la fisonomía del pueblo y por la lengua, la influencia de las invasiones germánicas fué enteramente exterior. Los bárbaros creyeron someter la Italia, pero introdujeron pocas palabras tudescas en su lenguaje indomable. En vano el partido alemán ó gibelino, organizándose bajo la forma feudal, edificó sus castillos sobre las montañas y armó las campiñas contra las ciudades. Los castillos fueron destruidos y las campiñas absorbidas por las ciudades. Las ciudades aisladas por la despoblación de las campiñas, niveladas por el radicalismo de la Iglesia Romana, del partido güelfo y de los tiranos, perdieron con la autocracia gibelina todo espíritu militar, y la comarca se encontró entregada á los extranjeros. Después de ese tiempo, la cabeza de Italia, que en la antigüedad estuvo al Mediodía, en la Magna Grecia, pasó al Norte y se halla ahora en la Romaña, el Milanésado y el Piamonte, partes célticas de la Italia. Esto es decir que Italia tiene poco que ofrecer como original, y que durante mucho tiempo, al menos, mirará á Francia y lo esperará todo de ella (1).

XI

En la misma Europa, que parecía reservada á la libertad, la fatalidad nos ha perseguido. La hemos encontrado en el mundo de la tribu y en el de la ciudad, en Alemania y en Italia. Allí como aquí, la libertad moral está contenida y

(1) Francia, efectivamente, por medio de Napoleón III ayudó á la unidad italiana, apoyando al Piamonte en su lucha victoriosa con los austriacos. — (*N. del T.*)

oprimida por las influencias locales de las razas y los climas. El hombre lleva en su aspecto el signo de la fatalidad. La comarca se refleja en él como si fuera un espejo, Alemania está toda en la figura del alemán; sus ojos de un azul pálido, como un cielo nublado; el pelo rubio ó leonado, como la corza del Odenwald. Las mismas edades no sirven siempre para caracterizar sus formas. Encontraréis con frecuencia en la virilidad juvenil, como en la edad madura, la muelle é incierta belleza de la infancia. Así el hombre se confunde con la naturaleza que le rodea. El italiano parece más bien separarse de ella. Su mirada profunda y la viveza de su gesto prometen una personalidad enérgica, pero ese ojo ardiente flota y sueña. La mirada es movable y da miedo. Sus cabellos negros como los vinos del Mediodía, de tinte obscuro, denuncian al hijo de la viña y del sol, y le hunden en la fatalidad de la que parece libertado.

Esas poderosas influencias locales identifican el hombre con su tierra, y sujetándole por el corazón y el espíritu á su montaña y á su valle natal, le mantienen en un estado de aislamiento, de dispersión y de hostilidad mutua. La antigua oposición de Sajonia y del Imperio subsiste obstinadamente á través de las edades. Cada una de esas mitades es distinta. Los de Hesse odian al de Franconia, el de Franconia al bávaro y éste al austriaco. El griego de Calabria y el celta de Milán no están más alejados uno de otro que el hijo del áspero Lanuvium y el de la dulce Etruria. Esa diversidad de provincias y de ciudades se expresa por la burla mutua, por la creación de una gracia cómica local, por la oposición del bergamesco Arlequín y de Polichinela napolitano, del sajón Eulenspiegel y del austriaco Hanswurtz.

En estas comarcas hubo yuxtaposición de razas diversas, pero jamás una fusión íntima. El cruzamiento de las razas, la mezcla de civilizaciones opuestas son, sin embargo, los auxiliares más poderosos de la libertad. Las diversas fatalidades que trae esa mezcla se anulan y neutralizan recíprocamente. En Asia, sobre todo antes del mahometismo, las razas aisladas en tribus en las diversas comarcas, y superpuestas en castas, representan cada una ideas distintas, no comunicándose nada y manteniéndose aparte. Razas é ideas, todo se combina y se complica al avanzar á Occidente. La mezcla,

imperfecta en Italia y Alemania, desigual en España é Inglaterra, es igual y perfecta en Francia. Lo que hay en el mundo menos sencillo, menos natural, más artificial y por lo mismo más humano y más libre es Europa, y dentro de ella, Francia.

Alemania no tiene centro; Italia, tampoco. Francia tiene uno. Una é idéntica Francia desde hace muchísimos siglos debe considerarse como una persona que vive y se mueve. El signo y la garantía del organismo viviente, la fuerza de asimilación, se encuentra aquí en su más alto grado. Francia francesa ha sabido atraer, absorber é identificar las Francias inglesa, alemana y española, de que vivía rodeada. Las ha neutralizado una á una y convertido á su substancia. Ha amortiguado la Bretaña por la Normandía; el Franco-Condado, por la Borgoña; por medio del Languedoc, la Guyena y la Gascuña; por el Delfinado, la Provenza. Ha meridionalizado el Norte y septentrionalizado el Sur. Ha llevado al segundo el genio caballeresco de Normandía y de Lorena al primero, la forma romana de la municipalidad tolosana y el industrialismo griego de Marsella.

La Francia francesa, el centro de la monarquía, la cuenca del Sena y del Loira, es un país notablemente llano, pálido, indeciso. Cuando desde los picos sublimes de los Alpes, los severos valles del Jura y los viñedos de Borgoña, caéis en las campiñas uniformes de la Champaña y de la Isla-de-Francia, en medio de ríos movibles y sucios, ciudades de yeso y madera, el ánimo es presa de enojo y disgusto. Veis perfectamente campos magníficos, hermosas granjas y buenos establos, y esta imagen prosaica de tranquilidad y abundancia puede haceros olvidar la pobre Suiza y la desolación de la campiña romana. Pero en cuanto á los hombres, no les pidáis ni las ocurrencias de Gascuña, ni la gracia provenzal, ni la aspereza conquistadora y embrollona de Normandía, ni mucho menos la persistencia de la Auvernia y la obstinación de Bretaña. Mantiénesse una monótona proporción en nuestras provincias apartadas de Italia y de Alemania meridional. Como en todos los países divididos por montañas y valles, el hombre, más aislado, desprovisto de los potentes auxilios de la división del trabajo y de la comunicación de ideas, es comúnmente más ingenioso, más original, pero también menos ejercitado en comparar, menos

culto, menos humanizado, menos *social*. El hombre de la Francia central vale menos como individuo, pero la masa vale más. Su genio está precisamente en eso que los extranjeros y hasta los mismos provincianos llaman frivolidad é indiferencia, y que debe llamarse más bien una aptitud, una capacidad y una receptibilidad universal. El carácter del centro de Francia es no presentar ninguna de las originalidades de los departamentos, y el participar de todas, permaneciendo neutral, tomando de cada una todo lo que no es exclusivo, formando un lazo intermedio entre ellas hasta el extremo de que cada uno pueda reconocer graciosamente su parentesco con el resto. En eso está la superioridad de la Francia central sobre los departamentos, y de toda Francia sobre Europa.

Esta fusión íntima de las razas constituye la identidad de Francia, su personalidad. Veamos cuál es el genio propio de esa unidad múltiple, de esa personalidad gigantesca, compuesta de más de treinta millones de hombres.

Ese genio es la acción, y he ahí por qué el mundo le pertenece. Es un pueblo de *hombres de guerra* y de *hombres de negocios*, lo que en tantos respectos viene á ser la misma cosa. La guerra de sutilidades jurídicas, vanagloriémonos ó no de ello, es nuestro fuerte. El procurador es francés de nación. Antes que los legistas entrasen en negocios, la teología y la escolástica, tuvieron en ella acceso. París fué entonces para Europa la capital de la dialéctica. Su universidad verdaderamente universal se dividía en *naciones*. Todo lo que hubo de ilustre en el mundo, acudió á ejercitarse en esa gimnástica. El italiano Dante y el español Raimundo Lulio rodearon la cátedra de Duns Leato. De las lecciones de un solo profesor salieron dos Papas y cincuenta obispos. En esto, antes que en las cruzadas y en las guerras con los ingleses, brilló el genio batallador de la nación. Las espantables luchas de silogismos se efectuaron entre los campos enemigos de la Isla y de la Montaña, del Patio de Nuestra Señora y de Santa Genoveva, de la iglesia y la ciudad, de la autoridad y la libertad. De ahí partieron en expedición los caballeros errantes de la dialéctica, como el terrible Abelardo, que derrotó á Guillermo de Champeaux y á Anselmo de Laom, y arrojó el guante á la Iglesia, desafiando á San Bernardo.

El gusto de la acción y de la guerra, el *golpe rápido*, el argumento y el sofisma siempre presto son los caracteres comunes á los pueblos celtas. El valor y la dialéctica ingleses no son menos célebres que los de Francia. Pero lo que es particular á ésta, lo que la mantiene sobre todos los pueblos, es el genio social con tres caracteres en apariencia contradictorios: la aceptación fácil de las ideas extranjeras, el ardiente proselitismo, que le permite extender las suyas fuera, y la poderosa organización que resume y codifica las unas y las otras. Es sabido que Francia fué italiana en el siglo XVI é inglesa á fines del XVIII. En desquite durante el siglo XVII, afrancesamos á las demás naciones. Acción, reacción, absorción, reabsorción; he ahí el movimiento alternante de un verdadero organismo. ¿Pero de qué naturaleza es la acción de Francia? He ahí una cosa que merece explicarse. El amor á las conquistas parece que es el pretexto de nuestras guerras, y en esto estamos engañados. Casi siempre el proselitismo es el móvil más ardiente. El francés quiere, ante todo, imprimir su personalidad á los vencidos, no como suya, sino como tipo de lo bueno y de lo bello. Es su verdadera creencia. El cree que no puede hacer nada más provechoso al mundo que darle sus ideas, sus costumbres y sus modas. Convertirá todos los pueblos, espada en mano, y después del combate, mitad fatuo, mitad simpático, expondrá á los vencidos lo que ganan con convertirse en franceses. No hay que reírse. El que quiera invariablemente hacer el mundo á su imagen, acaba algunas veces por lograrlo. Los ingleses consideran como faltas de sentido estas guerras sin conquistas, sin esfuerzo y sin resultado material. La conquista moral del mundo, á que tiende Francia, no es la que ha soñado en su política egoísta y material la moderna Inglaterra y la que efectuó Roma. Es la asimilación de las inteligencias y la conquista de las voluntades. ¿Quién lo ha logrado mejor que nosotros? Cada uno de nuestros ejércitos, al retirarse, ha dejado tras de sus pasos otra Francia. Nuestra lengua ha reinado en Europa. Nuestra literatura ha invadido á Inglaterra bajo Carlos II, y á Italia y Alemania en el último siglo. Hoy mismo, nuestras leyes y nuestra libertad, tan fuerte y tan pura, nos llevan á ser una parte del mundo. Así va Francia con su ardiente proselitismo y su instin-

to simpático á la fecundación intelectual. Francia importa y exporta con ardor nuevas ideas, y funde unas y otras con maravilloso poder. Es el pueblo legislador de los tiempos modernos, como Roma lo fué de la antigüedad. Lo mismo que Roma acogió en su seno los derechos opuestos de las razas extranjeras, el elemento etrusco y el elemento latino, Francia se ha extendido en su vieja legislación germánica hasta el Loira, y en su legislación romana desde este río hasta el Sur. La revolución francesa unió los dos elementos en nuestro Código civil.

Francia obra y razona, decreta y combate, remueve el mundo, hace su historia y la cuenta. La historia no es más que una Memoria de la acción. En ninguna parte, desde luego, encontraréis Memorias de historia individual, ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni en Italia. En la Italia de la Edad Media la vida del hombre era la de la ciudad. El ceño inglés es demasiado fuerte para que la personalidad se someta sin darse cuenta; y la naturaleza modesta del alemán no le permite dar tanta importancia á lo que ha podido hacer. Véanse los informes-notas que ha dictado Goetz, *el de la mano de hierro*; cómo se oculta y cómo confiesa sus desgracias. Alemania está más hecha para la epopeya que para la historia. Guarda la gloria para sus antiguos héroes y desdeña lo presente. En cambio lo presente es todo para Francia. Lo toma con una singular vivacidad. En cuanto un hombre ha visto ó hecho una cosa, lo escribe inmediatamente. Es preciso ver en las crónicas antiguas todo lo que han hecho *nuestras gentes*. Desde tiempo inmemorial se acusa á los franceses de exageración. Pero es justo decir que ese espíritu de exageración es siempre desinteresado. Procede del deseo de producir efecto. Es, si se quiere, el resultado del genio oratorio y retórico, que es un defecto y una fuerza de nuestro carácter nacional.

Resignémonos. La literatura de Francia es la elocuencia y la retórica, como su arte es la moda. Las dos se preocupan igualmente de adornar y exagerar la personalidad. La retórica y la elocuencia, de la que ha hecho ella el arte y el abuso del arte, hablan por las otras, y la poesía por sí misma. La elocuencia no puede nacer sino en una sociedad libre. La naturaleza pesa sobre el poeta. La poesía es su eco fatal, y el sonido con que la humanidad la hie-

re. La elocuencia es la voz libre del hombre esforzándose en llevar al pensamiento común la libre voluntad de su semejante. Así, nuestro pueblo es, entre todos, el pueblo retórico y prosista.

Francia es el país de la prosa. ¿Qué son todos los prosistas del mundo al lado de Bossuet, de Pascal, de Montesquieu y de Voltaire? Quien dice prosa, dice la forma menos figurada y concreta, la más abstracta, la más pura, la más transparente, la menos material, la más libre, la menos común á todos los hombres, la más *humana*. La prosa es la última forma del pensamiento; es lo que hay más lejos de la vaga é inactiva soñación, lo que está más cerca de la acción. El tránsito del simbolismo mudo á la poesía, y de la poesía á la prosa, es un progreso hacia la igualdad de las luces, es una nivelación intelectual. Igualmente la misteriosa jerarquía de las castas orientales fué madre de la aristocracia heroica, y ésta, de la democracia moderna. El genio democrático de nuestra nación no aparece en ninguna parte mejor que en su carácter eminentemente prosaico, y por esto mismo está destinada á producir la igualdad en todo el mundo de las inteligencias.

El genio democrático de Francia no es de ayer. Nebuloso y obscuro, pero no menos real, se le ve en los albores de nuestra historia. Durante mucho tiempo creció al abrigo y bajo el amparo del poder religioso. Antes de los romanos y antes de César, se ve al sacerdote galo, rival de los jefes de los clanes, surgir, no por el nacimiento y la carne, sino por la iniciación, ó sea del espíritu de la igualdad. Los druidas salidos del pueblo, se unen al pueblo de la ciudades contra la aristocracia. Después de la invasión de los bárbaros y tras la organización feudal, el romano, el vencido, es decir, el pueblo, es representado por el sacerdote, elegido del pueblo, hombre de espíritu contra el hombre poseedor de la tierra y de la fuerza. Este, arraigado, apegado al terruño y, por lo mismo, dispersado en el territorio, tiende al aislamiento y á la barbarie. El sacerdote, como el siervo, á cuya clase pertenece con frecuencia, mira hacia el poder central y real. Derecho abstracto y divino del rey y del sacerdote; derecho concreto y humano del señor apegado á la tierra. La íntima asociación de los dos primeros caracteriza á los reyes más populares de cada una de las tres razas: el buen Dagoberto, Luis el Bueno ó el